

## TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Iván Betancurt Betancurt

(Fredonia/Antioquia, 1940 – Catacamas/Honduras, 1975)



No es por casualidad que en Olancho (Honduras) los terratenientes y ganaderos se hallan puesto de acuerdo con los militares para eliminar al padre Iván Betancurt. El odio de ellos contra la Iglesia y contra la gente humilde que comenzaba a levantar cabeza pues ya no eran tan sumisos como en otros tiempos, tenía que hacer blanco en una figura que no era para ellos grata y que molestaba en serio; había que arremeter fuerte contra un hombre que poseía una simpatía popular extraordinaria y que era capaz de movilizar a la masa, que tenía una palabra fácil y convincente, hablaba fuerte y sin miedo. En el padre Iván se ajustaban los dotes de un líder nato, organizador y entusiasta compañero.

Se distinguía por sus convicciones, su modo de pensar, su manera de ver la vida. Era su fe en Jesucristo la que lo hacía mover y trabajar incansablemente. Porque Iván era así: un hombre reflexivo en continua actividad. Leía mucho. Le gustaba tomar apuntes y elaborarlos. Sus ideas las plasmaba en hojas sueltas sin mayor elaboración, en amena conversación, en los cursos que planeaba y coordinaba magistralmente.

Tenía una extraordinaria cualidad de relacionarse con los demás, llegando a hacer muchas amistades. Con frecuencia se le veía expresar su cariño en detalles pequeños, en elogio hacia los otros, en el acompañar a los demás en sus angustias y en sus alegrías. Poseía ese don de captar y seleccionar personas para el trabajo comunitario. Sabía apreciar las cualidades de los compañeros, de los animadores y líderes, y ubicarlos en el puesto más acorde a las circunstancias. Con un sentido agudo de responsabilidad exigía con amabilidad.

Sabía pedir excusas, reconocer sus fallas y se dejaba cuestionar. Fue un crítico penetrante y manejaba muy bien la autocrítica.

Fue un hombre de oración. Supo apreciar la religiosidad del pueblo, encausar esa fe sencilla para hacer crecer a las personas de las diferentes comunidades, a la vez, hacer estudiar y profundizar la fe, prepararse cuando se trataba de celebrar algunos de los sacramentos. En esto era inflexible, aunque acarrearía disgustos con alguna gente.

Intuía que el trabajo de hacer iglesia como comunidad implicaba un costo grande. Su parroquia de Catacamas (Honduras) se iba perfilando hacia ese fin. La comunidad no podía estancarse, dormirse, era preciso moverse. Eran los primordios de *“Una Iglesia que nace del pueblo”*. Veía como indispensable que la gente se diera cuenta de sus problemas, se organizara y diera solución a sus necesidades. Iván fue mártir de esta iglesia de pueblo humilde, de los pobres de Olancho, de la Iglesia cuyos miembros son precisamente esa mayoría de desposeídos. Iván se ubica en el contexto de una Iglesia en conflicto y perseguida que asumió a fondo la primavera eclesial del Concilio Vaticano II (1962-1965) y las conclusiones de la Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Medellín en 1968.

Iván nace el 28 de julio de 1940, en Fredonia, al sur del Departamento de Antioquia. Próspero y rico municipio con montañas donde abundan los cafetales. La familia Betancurt se estableció allí en la segunda década del siglo XX, por motivos económicos.

Sus padres: Luis Eduardo Betancurt Mejía y Felisa Betancurt Betancurt. Sus hermanos: Mario, Eduardo, Adela, Teresa, Gabriel, Bernardo y Hernando. Forman una familia unida, cristiana y emprendedora. Don Luis se caracterizaba por su tenacidad en el trabajo y doña Felisa por su corazón abierto a los necesitados, a los presos, a los ancianos.

Hace sus estudios primarios en la escuela del pueblo. A los 12 años parte hacia el seminario menor de los franciscanos en Cali. Allí se practicaba disciplina militar. Filas para todo. Exigencia en estudios. Pobreza de frailes. A pesar del encierro no eran extrañas las idas a exposiciones de pintura, obras teatrales, conferencias, visitas a la biblioteca municipal, competencias intercolegiales. Para nada se mencionaba la realidad del país.

Fue malo para las matemáticas, bueno para los idiomas. Al terminar bachillerato traducía perfectamente el inglés, el francés y el latín. Fue buen deportista. Colaborador en cuanto comité se organizara para eventos culturales y deportivos. Pronto empezó a coleccionar apuntes de todos los libros leídos. Se destacó por su originalidad, independencia y porque no tragaba todo lo que mandaban. En más de una ocasión tuvo problemas con el rector, a causa de no querer aceptar los test para medir la inteligencia. Suceso que lo marcará como “rebelde”.

Iván ingresa al noviciado franciscano en diciembre de 1959. En los siete años de filosofía y teología se va perfilando su vocación de pastor. No le interesaban tanto los asuntos

teóricos, cuanto la posibilidad de experimentar el quehacer pastoral. Aprovecha las vacaciones para tomar cursos de inglés y pastoral familiar. Hizo parte del equipo de pastoral de la parroquia de la Porciúncula en Bogotá.

En los años de sus estudios superiores el Concilio Vaticano II se estaba gestando y comienza a sacudir la vida de la Iglesia. Es la década de los años 60. En Colombia hay una enorme agitación política. El padre Camilo Torres es conocido por sus planteamientos revolucionarios respecto a la sociedad colombiana. Su postura y decisiones finales impactan tremendamente la conciencia católica de ese entonces. Una toma de conciencia incipiente de la realidad del país se va filtrando y entre los estudiantes franciscanos se abren inquietudes renovadoras: orientación de los estudios hacia la pastoral, acercamiento a los pobres, apertura a lo que sucede, deseos de coherencia con el espíritu franciscano de pobreza y solidaridad con los humildes.

Iván ve que los moldes cerrados de un franciscanismo extraño a los intereses populares no cuadran con sus aspiraciones. El claustro se le hace pequeño; comienza el roce con los superiores y decide buscar posibilidades para su ubicación futura. Con motivo del Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Bogotá en agosto de 1968, Iván se encuentra con Monseñor Nicolás D'Antonio, obispo de Olancho. El comprende sus inquietudes, lo acepta a formar parte de su equipo pastoral como laico, e intuye la preocupación de Iván de salir del seminario y no recibir la ordenación sacerdotal sin antes sentir en carne propia lo que era compartir y vivir la vida de los pobres.

Olancho es un lugar eminentemente campesino, en donde manda el imperio del fuerte, del ganadero, del pistolero, del comerciante, del político, del coyote, del maderero. Impera el miedo, el campesino agachado y explotado, el hambre, la miseria, el analfabetismo, la rencilla y el desquite, el guaro, el abandono del hogar, el machismo en todas sus manifestaciones. Este lugar de Honduras ha sido dominado por los militares más toscos y desalmados, por los terratenientes que se creen dueños del país, por los políticos tramposos, por gobernantes sin capacidad.

Cuando Iván llega a Olancho, en septiembre de 1968, viene acompañado desde Colombia por otro joven, Luis Emilio Henao. Ambos salen de los claustros franciscanos con el propósito de trabajar, uno en la pastoral familiar y otro en catequesis. Ambos se integran a un equipo que comenzaba a marchar con el obispo Nicolás. Para el año de 1968 se estructura el Centro Santa Clara como centro de capacitación campesina. En este año, antes de venir Iván a Honduras, se habían dado pasos importantes en ese sentido. Se perfilaba un trabajo de concientización y organización del pueblo. La Iglesia de Olancho impulsa un trabajo de base, teniendo al frente las experiencias de otras diócesis del país. Celebradores de la Palabra de Dios, animadores de comunidades cristianas, monitores de escuelas radiofónicas, alfabetización, cooperativismo, mujeres, dirigentes de ligas agrarias, pasan por Santa Clara para estudiar la realidad del país y despertar a una conciencia más combativa.

Los dos jóvenes refuerzan el trabajo que se viene adelantando, le dan nueva vida y lo impulsan a una coordinación más articulada. Son muchas las jornadas intensas de trabajo, planificación y realización de encuentros, cursos, convivencias, impresión de folletos y elaboración de materiales. Iván se mete de lleno en el trabajo y ese espíritu entusiasta que anima contagia el ambiente y lo fortalece. Iván se hace familiar al campesinado. Visita pueblos y aldeas, convive con la gente pobre. Pero a medida que va siendo conocido se va granjeando las sospechas y las críticas, incluso de agentes de pastoral de la Diócesis de Olancho.

Comienzan los agentes de seguridad a vigilar sus pasos, hay personas que echan oreja, acusaciones de diversa índole: que son agitadores profesionales, que vienen con consignas del extranjero para subvertir el orden, que están sembrando ideas exóticas y revolucionarias y, sobre todo, que están corrompiendo a la juventud con el comunismo.

El proceso pastoral de Olancho se va consolidando y estructurando. En 1970 se propone metas en la capacitación de agentes de pastoral, en la integración de equipos y en la formación de comunidades de base. Iván se va dando cuenta de la necesidad de pedir la ordenación sacerdotal. Estos dos años le ha proporcionado conocimiento de la realidad, metodología de trabajo y motivación para optar por el ministerio sacerdotal. Recibe la ordenación el 31 de julio de 1970 en su pueblo natal, Fredonia (Antioquia), de manos del obispo franciscano Monseñor Luis Andrade Valderrama. Regresa a Olancho en donde enfrenta difamaciones de la “gente de bien” que lo acusan de “cura falso”, dejan de asistir a misa e inician campañas de desprestigio en contra del obispo Nicolás y de la labor pastoral de la Diócesis.

A Iván se le asigna la parroquia de Culmí, donde los indígenas Payas fueron desalojados por los colonos madereros que invadieron y robaron sus tierras. A escasos dos meses de trabajo comunitario es trasladado a la parroquia de Catacamas. Iván visita los barrios humildes de la ciudad y los caseríos de las montañas. Inicia lectura de la Biblia en grupos y celebraciones de la Palabra, se reúne con líderes de cooperativas y de clubes de amas de casa. Los terratenientes reprimen a los campesinos y amenazan con hacerlo expulsar del país. La Iglesia de Olancho asume, en cabeza de su obispo Nicolás, la defensa del campesinado. Se acusa a Iván y al diácono Luis Emilio de promover invasiones de tierras, de inculcar prácticas guerrilleras, de corruptores y mujeriegos. A pesar de todo, el trabajo sigue adelante y toma más estructura organizativa.

Trabajó la religiosidad popular en perspectiva de liberación y esperanza. Preparaba con anticipación y con la misma comunidad la navidad, la semana santa, el pentecostés, las peregrinaciones, las que transformó en caminatas de solidaridad entre la ciudad y el campo. Eventos en donde el pueblo aprendía a trabajar en equipo a través de comités de actividades. Aprovechaba las ferias para dar catequesis por grupos, aprender canciones con sentido comunitario, educar a través de proyecciones y grabaciones. Supo acercarse a la celebración de los difuntos creando nuevos símbolos, revitalizando antiguos y elaborando

novenas con enseñanzas bíblicas. En las misas animaba la lectura comunitaria de la Biblia con lo que se fortalecieron numerosos grupos de estudio o “círculos bíblicos”. La liturgia se convirtió en escuela de teatro popular. Parecía cada celebración una fiesta. La gente canta, comenta, interviene en los diálogos, relaciona la vida con la Biblia, fue adquiriendo el sentido familiar de reunirse. Suscitaba la acogida a las personas, la alegría de encontrarse, la espontaneidad de las intervenciones.

A las procesiones le dio contenido de movilización popular. Luces, pancartas, carrozas, música, cantos, mensajes por altavoces, terminando con danzas y recitales. Fueron maneras de hacer educación popular con contenido liberador.

Aprovechó la celebración de los sacramentos para ahondar en la formación cristiana. Su parroquia fue la primera en la diócesis en establecer cursos presacramentales. Así buscaba más compromiso de las familias con la construcción de comunidades cristianas.

Con los indígenas Payas dispersos inicia su reagrupación y logra del Estado su demarcación de tierras. Iván fue uno de los pioneros en la defensa de las tribus sometidas al desalojo, al desprecio, la indiferencia de los gobernantes, al despojo de sus predios y a la explotación maderera.

En cuanto al campesinado, la mayor parte de sus líderes deben mucho en cuanto a su formación a Iván. Los mejores cuadros de su organización pasaron por los cursos de conciencia social y de celebración de la Palabra en el tiempo en que estuvo trabajando como laico en el Centro Santa Clara. Iván tenía una enorme capacidad educativa para transformar al campesino analfabeto en un líder comunitario mediante el aprendizaje de técnicas de expresión oral y técnicas para dirigir y coordinar grupos.

En 1973 va a la Universidad de San José, en Ottawa (Canadá), a hacer una especialización en pastoral familiar. Allí permanece un año largo. Este tiempo lo consagra a su formación. Aprovecha para conocer experiencias de trabajo familiar en norte América y en México. Escribirá una serie de cartas a las comunidades cristianas de Catacamas para sostener su acompañamiento y orientación y para afrontar la crisis frente al nuevo personal sacerdotal que impone un estilo distinto de trabajo.

A su regreso, la gente humilde lo recibe con un despliegue multitudinario. Así mismo retornan las amenazas de muerte de los ganaderos y los terratenientes. No se amilana y continúa trabajando. Introduce los “Laboratorios de Comunicación Conyugal”, que hizo mucho bien a las familias de Catacamas.

Alarmada por la movilización campesina y la recuperación de tierras la oligarquía hondureña alienta el golpe militar de abril de 1975 en contra de las tímidas reformas del gobierno de López Arellano. Se acrecienta la represión contra las organizaciones campesinas y el personal que trabaja con la Iglesia. El 25 de junio, en el marco de la gran marcha campesina, es masacrado un grupo de campesinos y es torturado el misionero

norteamericano padre Casimiro Cypher. El mismo día, Iván que había ido a Tegucigalpa a recibir a la señora Felisa, su madre, regresa a Olancho con dos universitarias María Elena Bolívar y Ruth García. En el camino son detenidos por militares y llevados a la hacienda “Los Horcones” en donde las jóvenes fueron violadas y asesinadas e Iván torturado y asesinado, y su cadáver mutilado en sus genitales. Para no dejar rastro de los hechos los cadáveres fueron arrojados a un pozo junto con los cadáveres de los campesinos, del padre Cypher y de otros líderes sociales. El pozo fue dinamitado y un tractor del aserradero removió luego la tierra.

Olancho quedó controlado por los militares. Los medios comunican distorsionando los hechos y la bodega de las cooperativas son saqueadas. Un grupo de sacerdotes y religiosas son llevadas a la cárcel y obligadas a declarar. Los agentes de pastoral huyen y las parroquias quedan vacías, se prohíben las celebraciones de la Palabra y se arma una campaña de desprestigio a la Iglesia. Los universitarios, que habían jugado un papel activo para dilucidar los hechos, despliegan por las calles de Tegucigalpa una manifestación de protesta, denuncia y de solidaridad. La Iglesia en contraste con el coraje de los estudiantes, acata temerosa las medidas del gobierno que había prohibido los funerales del padre Iván y las demás víctimas.

El fruto más precioso de este martirio es el surgimiento para Honduras de la Iglesia que nace de los pobres, comprometida con sus luchas, sus anhelos, sus culturas y sus esperanzas. La fe militante de las comunidades cristianas emerge en inserción en el movimiento popular. En un proceso de conversión permanente lleva a la Iglesia a asumir prácticas políticas revolucionarias como mediación necesaria para ser fiel a Jesús. Iván ha caído en Honduras, el país más pobre de Centro América, como semilla de vida para los desposeídos. “Ya estamos esperando hacia el futuro – decía Iván -, a veces el cielo se abre y las cosas aparecen claras; otras veces todo es más oscuro. Pero por encima de todo la Resurrección de Cristo nos sostendrá y no nos dejará desanimar”.



[www.kaired.org.co](http://www.kaired.org.co)

Resumen de **Fernando Torres Millán**  
a partir del libro *“Padre Iván Betancur  
mártir de la Iglesia Latinoamericana”*

(Tegucigalpa, 1982)

del padre **Bernardo Meza OFM**